

Y SI NOS ESCAPAMOS

Mónica Lavín

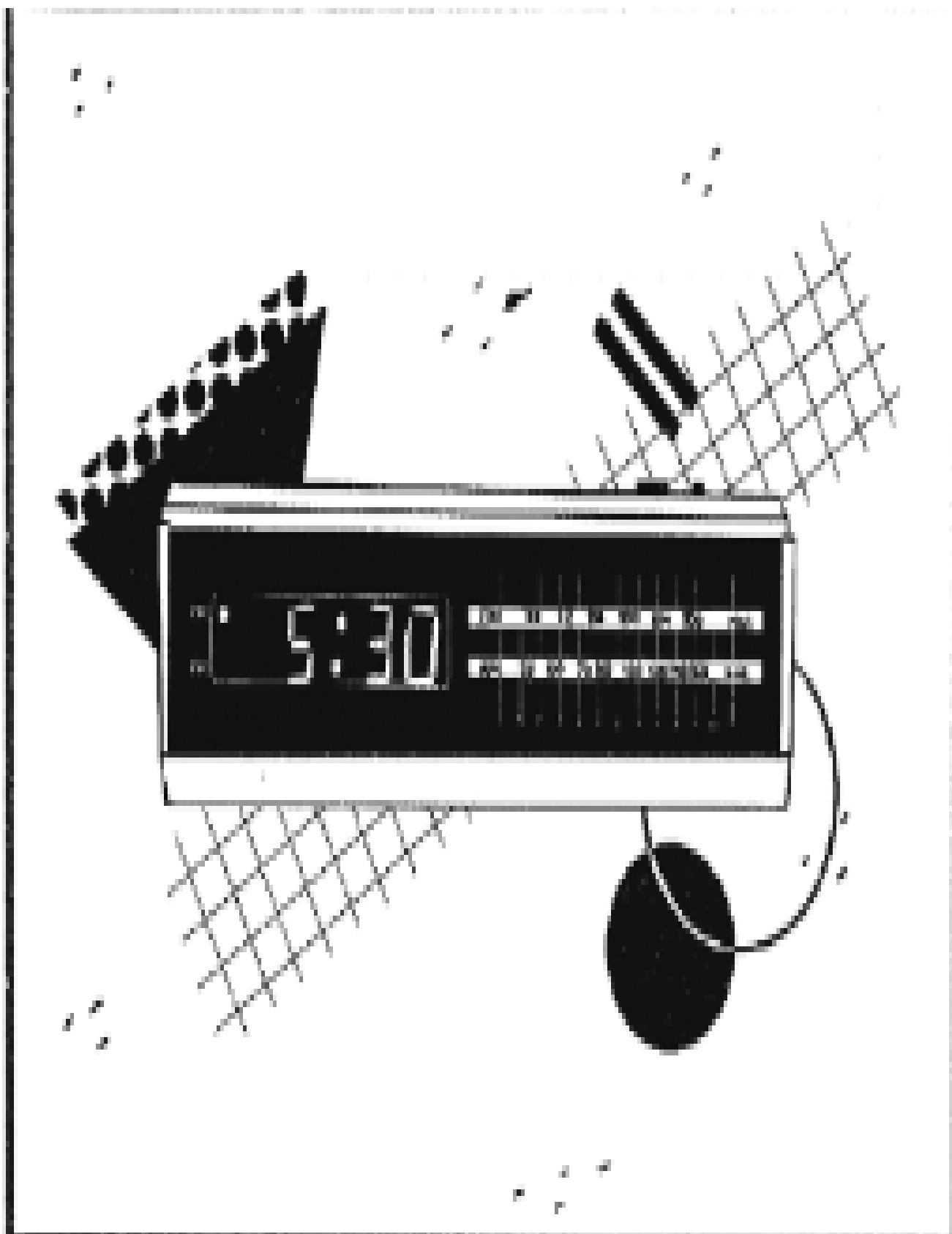
Ilustrado por
Alejandra Lara

\$12



VIENTOS
DEL PUEBLO





Y SI NOS ESCAPAMOS



MÓNICA LAVÍN

Y SI NOS ESCAPAMOS

Ilustraciones

ALEJANDRA LARA



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 2021

[Primera edición en libro electrónico, 2021]

D. R. © 2021, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México



www.fondodeculturaeconomica.com

Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com

Tel. 55-5227-4672

Coordinador de la colección: Luis Arturo Salmerón Sanginés

Diseño de portada: Alejandra Lara

Fotografía de la autora en cuarta: Alejandro Meter

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la
anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-607-16-7376-3 (ePub)

ISBN 978-607-16-7269-8 (rústica)

Hecho en México - *Made in Mexico*



“MI BESO”, exigía su padre que siempre la llevaba a la escuela camino a la oficina. En realidad, le resultaba mejor salir de casa a las seis y cuarto que tener que perder tiempo en el tráfico saliendo más tarde. A Cecilia le gustaba que la llevara su padre, que se veía muy bien recién rasurado y que olía a loción. Ya por la noche cuando llegaba a casa de la oficina no era el mismo: se le notaba el sudor en el pelo, los dientes oscuros de café, la voz desgana. Ella estaba segura de que le tocaba lo mejor de su padre. En primeras no estaba mamá intentando resolver algo práctico, recalcar algún evento o en el mejor de los casos recordando cosas que Cecilia desconocía. Su padre era para ella sola. A veces no platicaban y escuchaban las noticias, pero durante los anuncios comentaban algo. Otras, él le preguntaba de sus clases favoritas que desde luego no era biología ni etimologías. “Me gusta la historia, papá.” El maestro era muy bueno. Pero la clase de siete de los martes y jueves, para colmo, era de etimologías.



Ese día era jueves y Cecilia iba callada. Las manos le sudaban porque estaba nerviosa. También se sentía mal de lo que ocurriría: iba a engañar a su padre. No le importaba engañar a la directora de la escuela ni al profesor de etimologías. En el momento en que se bajara del Valiant y caminara hacia la puerta de la escuela muy lentamente, se detendría más de la cuenta y diría adiós a su padre con la mano. Tenía que evitar acercarse mucho a la puerta de la escuela donde

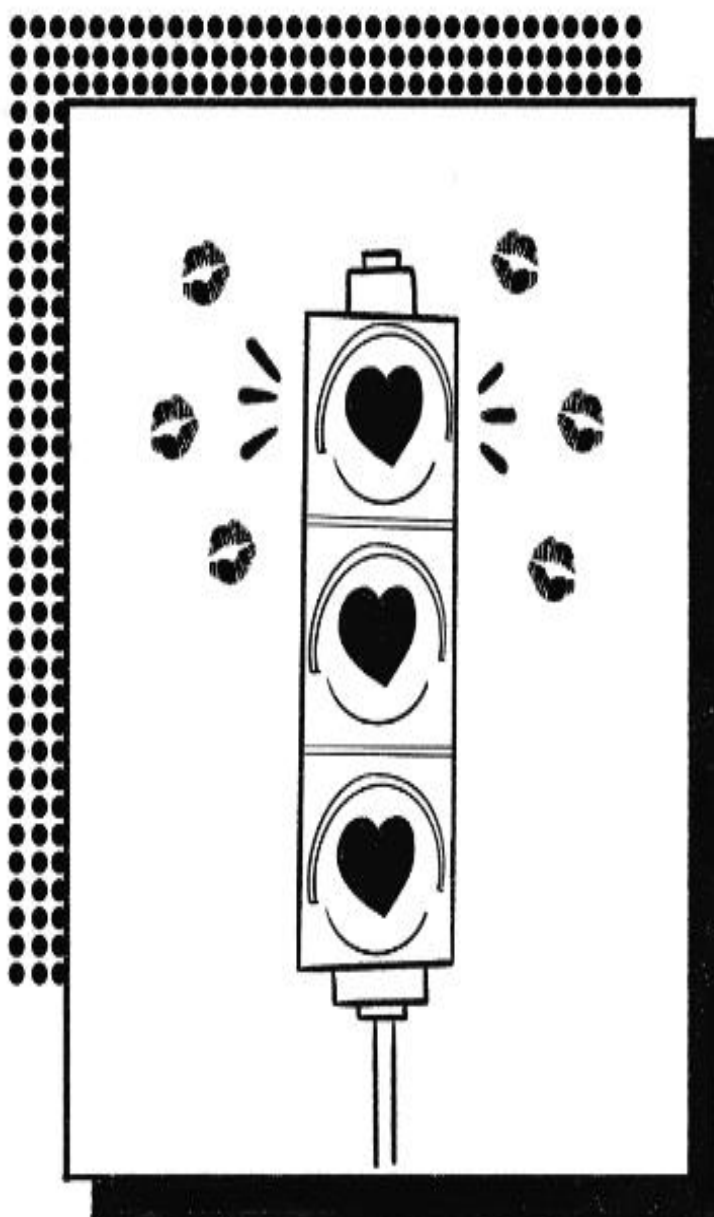


estaba el vigilante que se encargaba de la entrada. En el trayecto hablaron de las vacaciones de diciembre, papá tenía planeado ir a Veracruz como siempre a visitar a los abuelos, pero Cecilia querría irse en bola con sus primos y sobre todo con el amigo de su primo, Sebastián, a Valle de Bravo. Acamparían cerca de la presa. Con Sebastián se vería en un rato, y papá no lo sabía, porque si lo supiera no la dejaría en la escuela con esa sonrisa y esas porras de “mira, si te aburres en clase ponte a dibujar en tu cuaderno”; Cecilia era buena para copiar caras. “Haz el retrato del maestro.” Allí en la calle con su mochila al hombro, Cecilia sintió una mezcla de dicha y vergüenza. El Valiant se empequeñecía a la distancia. No voltearía a la puerta de la escuela; que alguien la saludara podía echar a pique sus planes. Tenía que seguir de frente, con aquel frescor de la mañana y con el ridículo uniforme que delataba que no estaba donde debía estar.

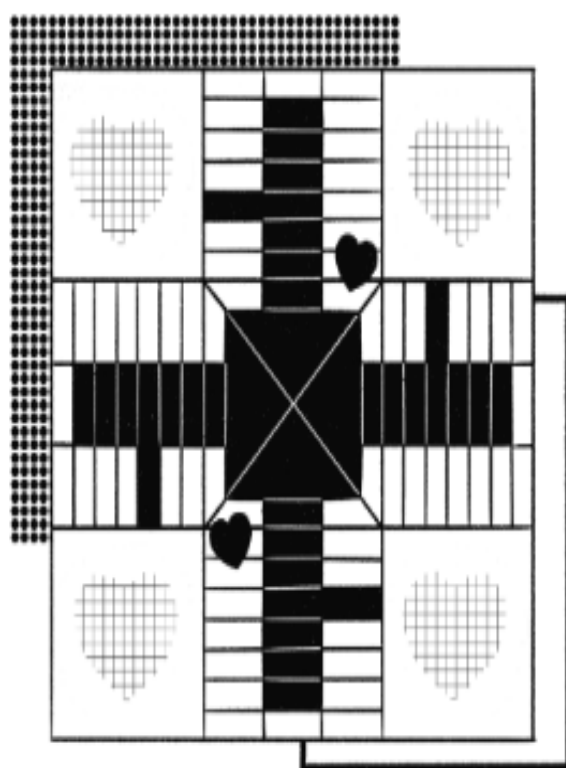
Sebastián y ella lo habían planeado después de la reunión del viernes. Los dos se irían de pinta. La escuela de Sebastián estaba en la misma avenida que la escuela de Cecilia, qué feliz coincidencia, se rieron. Después de bailar juntos y de platicar con su primo y con Sebastián, cuando él se sirvió una segunda cuba y ella rechazó la bebida porque le chocaba ese dulzor alcohólico, aprovechó que el primo los dejaba solos y le plantó un beso en los labios. Cecilia sintió que la cara se le encendía como un semáforo. No hubiera querido que le hablara nadie ni que tuviera que hacer nada porque el beso había sido tan suave y tan atrevido que quería guardarlo antes de que se le fuera de los

labios. Después ya no se soltaron de la mano y cuando su primo anunció que estaban *sus tíos* en la puerta por ella, se sintió como una de esas piedras que caían en la carretera de Acapulco desprendidas de la montaña. Sebastián y ella se miraron, entonces él dijo:

—Y si nos escapamos el jueves.

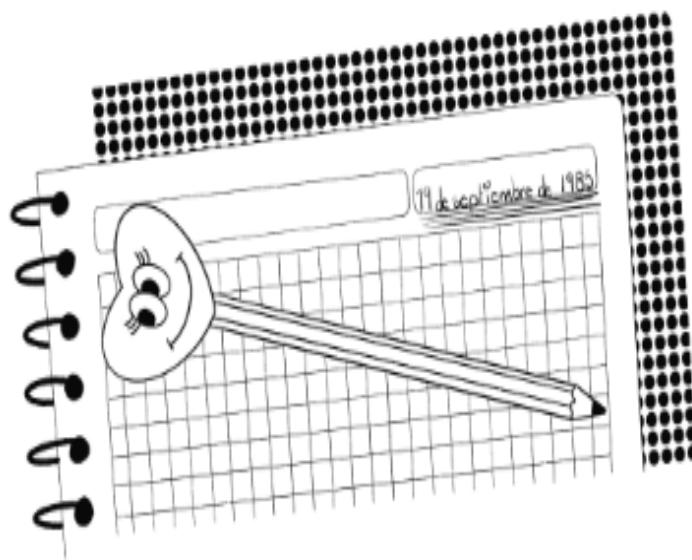


El viernes los
maestros tenían consejo
técnico y no había clases,
eso se lo explicó por



teléfono después. Él ya se había ido otras veces de pinta y era mejor no hacerlo en medio de la semana, el chiste es que no les preguntaran nada al día siguiente en la escuela. Los detalles los afinaron durante las llamadas de los otros días. Cecilia cubriendo la bocina para que la sirvienta no escuchara. Habían decidido una

clave, si decían Parchís era que se podía hablar. "Parchís", se rió Sebastián cuando ella lo sugirió mientras caminaban hacia la puerta en la fiesta y Cecilia deslizaba la mano fuera de la de él, porque no quería que la vieran ni sus padres ni sus tíos. Sebastián le dijo que le llamaría y se perdió entre los que aún quedaban en la fiesta, que eran muchos. Los padres de Cecilia eran estrictos, no la dejaban quedarse a dormir en casa de las amigas que tenían hermanos, ni siquiera en casa de sus primos. Y mucho menos quedarse en las fiestas después de las doce. Pero Cecilia ya tenía catorce años y le molestaba que la trataran como a una chiquilla. Después de la llamada, Cecilia anotó la fecha en el diario: 19 de septiembre de 1985. Y dejó las líneas preparadas para llenar la página después.

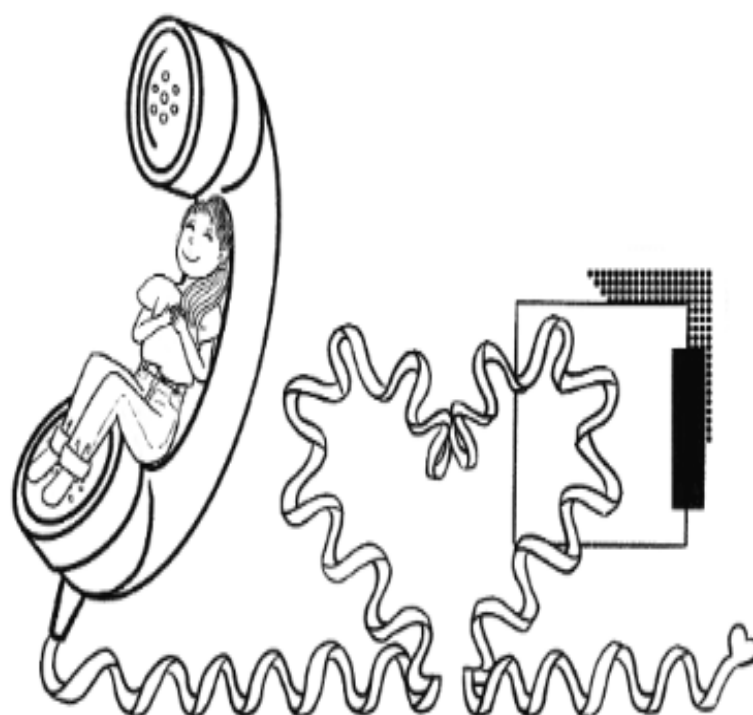


Toda la semana pensó en los labios de Sebastián y se preguntó si le daría otro beso. Cuando temía que la pescaran por irse de pinta y las consecuencias de ello, el hecho de verlo borraba toda duda. Nada importaba más que ese



pacto secreto entre los dos. Su hermana ya iba en la universidad y le hubiera gustado contarle, pero siempre la trataba como si fuera muy pequeña, a veces le decía "nena" y a ella le resultaba

insoponible. Además, pensó, si un secreto se comparte ya no es secreto. Habían acordado verse en el Vips de Universidad. Ella tendría que caminar un buen rato o tomar el camión para llegar a tiempo. Querían verse lo más cerca de la entrada a clases para que el día durara mucho. Ella tenía que estar en la escuela a la salida y eso sería lo más difícil. Aparecer al momento en que salieran todas por la puerta como si hubiera estado adentro, y sobre todo evitar que le preguntaran que dónde anduvo enfrente de su mamá que es quien la recogía. No le importaba que sus compañeras supieran que se había volado el día, por el contrario, le parecía que eso era una distinción. En una escuela de puras mujeres, más valía ser temeraria. A sus amigas les contaría que había sido por un muchacho y que se habían besado en los Viveros de Coyoacán. Ya Sebastián le había preguntado si había ido allí a pasear.



Sucedió como lo habían planeado, su padre la dejó a las 6:45. Le dijo: "Mi beso", y cuando desapareció a la distancia ella siguió caminando avenida abajo y en la esquina tomó el camión. Habían quedado de verse siete y cuarto. Para Sebastián sería más fácil porque la vecina era quien lo llevaba por la mañana

y porque de regreso se iba solo. Como la entrada de él era a las siete y media, el plan era perfecto, el arreglo de tiempos también.

El corazón de Cecilia vibraba bajo el suéter del uniforme, debajo del escudo escolar. ¿Y si Sebastián no podía escaparse? ¿Y si se enfermaba esa mañana? Habían hablado por la noche después de que ella dijera Parchís. El primero que llegara entraría a la cafetería. Él la iba a invitar, desayunarían molletes —a los dos les encantaban— y café, mucho café para quedarse un buen rato, que pasara el frío de la mañana y menguaran los deportistas que madrugaban en los Viveros. Por teléfono le gustaba la voz de Sebastián, su voz la llevaba a pensar en su boca y a sentirla sobre la suya. Alguna vez le habían dado un beso jugando botella, esos besos forzados y asquerosos. Ahora sabía que existían otros, y que su mano se sentía bien dentro de la mano de Sebastián que había dicho que quería ser ingeniero de sistemas e ir a la India. Ella nunca había pensado en la India y mucho menos qué quería estudiar. Pero Sebastián ya iba en segundo de prepa y estaba por escoger área. Si su madre supiera que se iba a ver con un muchacho mayor, aumentaría su enojo por haberse ido de pinta. Ya le había dicho que se cuidara de los grandes, también que no le gustaban los amigos de su primo. Muchachitos que fumaban y bebían. Cecilia pensó que le gustaría fumarse un cigarro con Sebastián, ojalá llevara. En la escuela a veces se escondía con sus amigas a fumarse uno, después de deportes que era cuando se podían tardar más tiempo en los baños cambiándose de ropa.

Se bajó del camión, entre empujones y apretando su mochila al cuerpo, en la Glorieta de los Coyotes donde cruzó la avenida. Miró su reloj, eran las siete y trece. La boca se le secó, y cuando llegó a la puerta del Vips volvió el temor de que Sebastián no

estuviese allí y ella tuviera que pasar la mañana sola vagando por las calles, para que diera la hora de la salida. El lugar estaba lleno. Miró hacia atrás por si él llegara después que ella, cuando vio que la llamaba desde la mesa del fondo. “Ya me esperan”, dijo en voz baja disimulando que era obvio que no estaba en clases por verse con un chico, con ese chico que ya la esperaba.

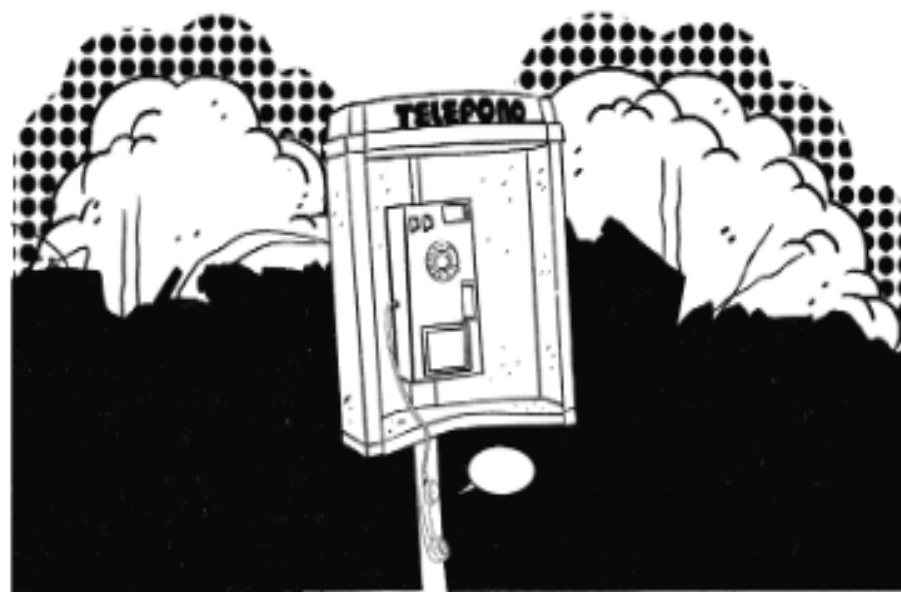


Caminó hacia él sin mirar a ningún otro sitio. Él se había levantado de la mesa, una de esas con sillones de vinilo corridos. Cuando Cecilia llegó a su lado, soltó el cuerpo aliviada. Sebastián

le plantó ese beso decidido en los labios de nuevo y la dejó sin palabras. Entonces empezó ese zarandeo extraño y Cecilia supuso que era una sobredosis de emoción la que la estaba descomponiendo. Pensó que se iba a desmayar como en las películas, de puro amor. Sebastián la abrazó porque él también sintió el mareo. Entonces vieron las lámparas menearse, se escuchó el ruido de loza que se rompía. Algunos corrieron. Sebastián dijo: "Está temblando", y la jaló debajo de la mesa. Y la siguió abrazando el largo e inesperado tiempo en que el movimiento tardó en calmarse. Cecilia pasó del susto a reconocer que estaban muy cerca, que él la tenía rodeada por sus brazos. Cuando salieron del escondite, las meseras acomodaban alguna silla tirada, recogían vasos del piso, la gente murmuraba y Sebastián le decía que había sido muy fuerte. Cecilia sólo pensaba que si antes los temblores la asustaban un poco ahora le gustaban.

Incluso sintió el poder de haber hecho a la tierra menearse. Qué casualidad que justo cuando estuvieron juntos Sebastián y ella hubiera comenzado el movimiento. Pensó que eso era bueno, que era la fuerza de algo que pasaba entre ellos. Deseó volverse su novia y no pensar más que en él y no querer hacer otra cosa más que oírlo, sentirlo a su lado, olerlo, reconocer la piel tersa de sus mejillas, que él le dijera bonita como sucedió aquella mañana en que después de los molletes y los varios cafés, caminaron a los Viveros. Estaban vacíos como ellos habían esperado, y también la calle estaba inusualmente tranquila cuando llegaron al parque y cuando salieron. Se habían tumbado en un claro entre los árboles

y habían visto ardillas y nubes y pájaros y Sebastián le había dado un beso largo primero suave y luego chupándola y colocando su lengua en la boca para tocar sus dientes, le había mordisqueado los labios, el cuello, Cecilia sentía un ardor en la piel, un cosquilleo en el cuerpo. El jugueteo de sus manos sobre las rodillas, su mano en la cintura. Cuando vieron la hora era la una y debían empezar la marcha de regreso. Se sacudieron las briznas de pasto del pelo y de la ropa. Él la acompañaría y una cuadra antes de llegar a la escuela se detendría y la vería avanzar. No estaría tranquilo hasta que entrara en el coche de su mamá. Sólo así sabría que todo estaba bien y que no la regañarían, le dijo.



A Cecilia se le pasó rápido el trayecto que hicieron a pie por el centro de Coyoacán cruzando hasta La Conchita y luego hacia la escuela. Fue hasta entonces que notaron que algo no estaba bien. Se escuchaban sirenas, había muchas patrullas y ambulancias. La gente en la calle se apretaba como si quisiera mirar algo y la avenida estaba acordonada.

—¿Qué pasó? —dijo Sebastián. Cecilia apretó su mano.

—Se cayó una escuela; hay muertos —alguien dijo.

—Y no sólo aquí —añadió otro—. El centro de la ciudad está destruido.

El temblor de la mañana, pensó Cecilia, y luego en un instante de luz supo que tenía que hablar a su casa, de inmediato. Fue ella la que echó a andar hacia una caseta y Sebastián la siguió, pero ella ya no le prestó atención. Tenía que decir la verdad, se había ido de pinta, y estaba bien. Imaginaba a su madre deshecha por no saber nada de su hija, a su padre saliendo de la oficina rumbo a la escuela, con las ojeras instaladas antes de tiempo. Pensó en sus compañeras y sintió culpa por su temeridad.

Lamentaba que su amor por Sebastián hubiera tenido esas consecuencias.

FIN...